

Yo soy su humilde devoto

Gora, alfarero y santo, había decidido convocar a una reunión de grandes seres, en la que los santos que vivían en Pandharpur se reunirían para tener un *kirtan* y una charla. La mayoría de los presentes eran simples trabajadores: Gora mismo; Narahari, el orfebre; Sauta, el jardinero, y Janabai, la sirviente de Namdev. Jñanéshwar estaba también allí con sus hermanos Sopan y Nivritti, y su hermana, la gran yoguini Muktabai.

Cuando Gora había sentado y honrado a todos los santos, Jñanéshwar, guiñando el ojo, le dijo a su anfitrión: “Has colocado todas las ‘vasijas’ en sus asientos. Ahora separa las que están cocidas de las que están sin cocer.”

Gora comprendió de inmediato lo que Jñanadev quería decir. Tomó su vara de alfarero y empezó a dar golpecitos en la cabeza de cada uno de los santos presentes. Todos siguieron sentados en silencio, aceptando los golpes, hasta que llegó a Namdev.

–¿Por qué me golpeas? –gritó Namdev, irritado.

–¡Ah! –exclamó Gora– esta vasija aún sigue cruda y sin cocer.

Ante esto, Muktabai dijo en tono travieso:

–¡Gora, eres un examinador experto! Como un médico que reconoce fácilmente una enfermedad, de una sola ojeada puedes decir lo que está cocido y lo que está crudo.

Las palabras de Muktabai provocaron grandes carcajadas entre los santos; pero para el corazón sensible de Namdev el insulto era insoportable.

Ocultando las lágrimas, Namdev se levantó de la asamblea y corrió directamente hasta el templo donde fue a postrarse ante la estatua .

–Oh, Señor –le dijo entre lágrimas– he sido gravemente insultado. Mi corazón está lleno de ira.

Namdev tenía tanta fe en el Señor que para él la estatua siempre cobraba vida. Así que el Señor se rio y abrazó a Namdev.

–¿Quién te insultó? –preguntó el Señor–. Yo soy tu amigo más entrañable. Por favor dime qué sucedió.

–Fue tu devoto Gora –respondió Namdev–. Me dio golpecitos en la cabeza en presencia de los santos y cuando le dije que se fuera, dijo que yo era una olla sin cocer. Muktabai se burló de mí y todos los santos se rieron de mí, ¡incluso Jñanéshwar!

Por un momento el Señor permaneció en silencio. Luego dijo:

–Ah, mi Namdev, lo que dijeron es cierto. De aquel que no es discípulo de un Guru siempre se dice que no está maduro todavía.

Ante estas palabras Namdev se quebró por completo.

–Oh, Señor –dijo– si tú no me sostienes, ¿en quién me voy a refugiar? Si tú me insultas como los demás, ¿a dónde puedo ir? Si la madre abandona a su hijo, ¿quién lo cuidará?

–Tu corazón y el mío son uno solo –dijo el Señor–. No hay dualidad entre nosotros. Ahora bien, para que puedas darte cuenta de esto, quiero que vayas con un Guru, porque sin la bendición de un Maestro el sentido de dualidad entre Dios y el devoto nunca llegará a su fin.

Namdev gritó:

–¿Pero para qué necesito a un Guru si te tengo a ti?

–Escúchame –dijo el Señor– cuando yo encarné como el avatar Rama, fui con el Guru Vasishta para obtener conocimiento. Como Krishna, fui con Sandipani. Todos necesitan un Guru. En el templo de Shiva se encuentra el gran santo Vishoba Khechar. Él es discípulo de

Jñanëshwar, y no tiene igual entre los *sadgurus*. Ve con él y recibe su instrucción.

Profundamente deprimido, Namdev se encaminó hacia el templo de Shiva. Cuando abrió la puerta vio a Vishoba Khechar profundamente dormido y roncando ¡y con los pies descansando sobre el *lingam*! Namdev no podía creer lo que veían sus ojos. Esto, pensó, era la humillación final: que lo hubieran enviado con una persona que ni siquiera sabía cómo tratar una imagen de Dios.

Acercándose a Vishoba Khechar, Namdev dijo:

–Te consideras un sadhu y un santo, y sin embargo has puesto los pies sobre la imagen de Shiva. ¿A eso se reduce tu conocimiento de Brahman?

Vishoba abrió un ojo y miró al joven esbozando una sonrisa.

–Maharaj, tienes razón –dijo–. He cometido un gran error. Ahora debes ayudarme. Levanta mis pies y colócalos donde no esté Shiva. Estoy tan viejo y débil que ya no puedo moverlos yo mismo.

Namdev levantó los pies de Vishoba, los movió un poco, y empezó a colocarlos sobre el piso. Se quedó pasmado al ver que un *lingam* brotaba en ese mismo lugar. Movié otra vez los pies de Vishoba. Otro *lingam* brotó allí mismo. Dondequiera que trataba de poner los pies del anciano, encontraba un *lingam*. Namdev estaba sobrecogido de asombro. Lágrimas de amor brotaron de sus ojos cuando escuchó la suave voz de Vishoba decir:

–Oh, bhakta de Vishnu, por favor baja mis pies.

–No puedo –dijo Namdev–. Al levantar tus pies de pronto vi que Shiva está en todas partes. No puedo hallar lugar donde no esté. ¿Así que dónde voy a poner tus pies?

–Escucha cuáles son las formas en que aparece Shiva –dijo Vishoba–. Su cabeza alcanza los cielos, sus pies el infierno más bajo. Nadie ha podido nunca describir su forma omnipresente. Y yo, el sirviente de Jñanëshwar, soy su humilde devoto.

Namdev se hundió en el piso con la cabeza en los pies del Guru. Vishoba colocó su mano en la cabeza de Namdev, y Namdev entró en *samadhi*. Vio en su corazón que Vishoba mismo era la forma de Vitthal, que su Guru y su amado Señor eran uno. Y para Namdev ya no hubo diferencia entre él mismo y Dios. A partir de entonces, cuando hablaba de Vitthal ya no se refería solo a la imagen del templo sino a la Presencia omnipenetrante que experimentaba en todo.

Créditos

Concepto de diseño por Gurumayi Chidvilasananda

Diseño de la cubierta por Priti Cárdenas

Fotografía de Stefania Beretta

Kubja Arunski, *Jñanéshwar*, parte 2, *El conocedor y el amante: Jñanéshwar y Namdev*, *Darshan* v. 3, p. 91, (1997).

© 2015 Fundación SYDA®. Derechos reservados.